

LA SANTIFICACIÓN DEL TRABAJO Y DEL DESCANSO



Por Gabriel Mazzinghi

- ¿Acaso no es este, el hijo del carpintero?

Siempre me atrajo una pequeña escena del evangelio, que cuenta el regreso de Jesús a su pueblo de Nazaret.

Cada tanto, en medio de sus andanzas, pasaría Jesús por su aldea, a encontrar el calor y la compañía de sus parientes y amigos de los años de la infancia y la juventud; pero una vez iniciada y puesta en marcha la vida pública del Señor, su fama y su doctrina lo precederían, y quienes lo habían visto crecer, adoptarían distintas actitudes.

Unos creerían, deslumbrados, llenos de buena voluntad, y muchos otros descreerían de los relatos que llegaban hasta allí.

Fruto de este descreimiento, resulta la idea que nos traen, con alguna diferencia, los Evangelios de San Mateo y de San Marcos: “**Acaso no es éste, el hijo del carpintero?**”, escribe el primero, mientras que el segundo, se refiere más directamente a la profesión de Jesús: “**¿No es éste, el carpintero?**”

Más allá de ese matiz – como sucede hasta el día de hoy, con frecuencia, el oficio o la profesión del padre suele ser también la del hijo... - la frase en cuestión, dicha a propósito de las enseñanzas de Jesús en la Sinagoga, equivale a decir:

- “¿Quién se cree éste, al que hemos visto crecer y trabajar entre nosotros?”; o bien:
- “¿De qué se las tira, si lo conocemos desde que era un chico?; o:
- “Es apenas, el hijo de José, el que arreglaba camas, el que hacía algunas mesas y algunas puertas, por encargo, o arreglaba las ruedas de un carro...; lo veíamos a diario, ayudando a su padre...”

Y eso nos lleva a formularnos una pregunta:

¿Cómo habrán sido, esos años de Jesús?

Generalmente, no nos detenemos a considerar, ni a imaginar siquiera esa vida oculta, mezclado entre los hombres, cerca de sus padres y, seguramente, rodeado de amigos...

Cómo habrán sido las conversaciones de Jesús con los jóvenes de su edad, los juegos, los chistes, los programas, los trabajos...

Poco y nada dice el evangelio, pero no es aventurado pensar que Jesús debió ayudar a José, siendo chico, y al morir José (al morir silenciosamente, como había vivido, pasando casi desapercibido), su Hijo debió quedar al frente del pequeño taller de su padre, trabajando durante largas horas, con las manos encallecidas, alguna viruta enredada en el pelo, y un olor a madera y a transpiración en la ropa...

Jesús, perfecto Dios y perfecto hombre..., Jesús, perfecto trabajador y perfecto carpintero, volcando en cada silla, en cada postigo, en cada cama, en cada puerta o en cada arado, toda su ciencia de Hombre y de Dios.

Pensemos en que las nueve décimas partes de su vida, las que se suelen llamar “la vida oculta de Nuestro Señor”, transcurrieron en el mundo del trabajo y la familia.

Los evangelios refieren con algún detalle, la vida pública de Jesús: sus andanzas, la elección de sus discípulos, su doctrina, sus milagros más llamativos, y finalmente, su subida a Jerusalén para entregar su vida por nosotros, y morir en la Cruz.

Pero guardan, en cambio, un llamativo silencio acerca de los años previos a la predicación del Reino de Dios.

Apenas si hay algunos pocos episodios de la vida juvenil del Señor, que se pierde y es hallado en el Templo, o que, en la adolescencia, lee una lectura del Profeta Isaías en la Sinagoga, guarda el rollo de la Escritura, y dice: “Hoy se ha cumplido esta Palabra...”, mientras todos los asistentes “tienen los ojos fijos en Él”, frase más que sugestiva...

Pero esos primeros treinta años, aproximadamente, de la vida de Dios entre nosotros, pasaron prácticamente desapercibidos.

Él era, sencillamente, uno más, mezclado entre los hombres de su tiempo.

Solo sabemos que trabajó, y estamos seguros de que lo habrá hecho maravillosamente bien, entregando sus trabajos a tiempo, cobrando lo justo, tratando con amabilidad a todos, dejando probablemente de cobrar, a aquellos que no tenían manera de pagarle...

¿Qué nos quieren decir, estos años de trabajo silencioso de Jesús entre nosotros?

Si Jesucristo es nuestro ejemplo, la primera conclusión que podemos sacar es la de que, al trabajar, y tratar de trabajar bien, estamos siguiendo de cerca al Señor, pues eso fue lo que Él hizo durante los años que vivió en la Tierra: **trabajar**.

- **Los caminos de la santidad**

Hubo un tiempo en el que la santidad, solía presentarse a los cristianos como algo muy arduo y poco menos que inaccesible, como algo reservado solamente a algunas pocas almas especialmente elegidas por Dios, y dotadas de virtudes muy especiales, en grado superlativo.

Los Santos, modelos de vida cristiana, se nos presentaban como seres muy alejados de nuestras reales posibilidades, de nuestras vidas ordinarias, en las que se mezclan nuestras virtudes – algunas tenemos...- con nuestras muchas miserias.

Entonces, por presentársenos la santidad de un modo tan elevado, los hombres llegaban a la conclusión de que ello constituía una tarea demasiado elevada, demasiado inaccesible, y se terminaban conformando con una cierta medianía, que consistía en tratar de evitar los pecados y los errores más llamativos y graves, flotando en una suerte de mediocridad espiritual.

Esto ocurrió en la Iglesia durante muchos siglos.

Y supuso, según creo, una mala lectura o una mala interpretación de los evangelios, de la propia vida y de las palabras de Jesucristo, que una y otra vez nos llama a la Santidad, sin tomar tanto en cuenta nuestros pecados y nuestra naturaleza caída.

Todo el Evangelio está empapado de esta idea central, en el sentido de que somos pecadores, y que, por serlo, necesitamos de la gracia, del perdón, del acompañamiento de Cristo.

“No he venido a buscar a los justos (a los que se creen justos...), sino a los pecadores”, podría ser una frase de Jesús, tomada del evangelio, que refleja esta idea.

El Concilio Ecuménico Vaticano II, reunido entre los años 1965 y ..., supo exponer con toda claridad, la doctrina del **llamado universal a la Santidad**.

Universal; esto es, para todos, porque todos somos llamados, y somos llamados, allí donde nos encontremos.

La santidad no es algo para los religiosos, ni para personas que están muy enfocados en cierta espiritualidad, sino que es un llamado a seguir a Cristo en medio, y a través de las actividades propias de cualquier persona, porque todo es “santificable”, todo puede hacerse poniendo una cuota de amor de Dios, que es inescindible del amor a las personas.

De manera que se puede ser santo siendo un simple empleado, un taxista, un periodista o un científico, siendo marcador de punta de un modesto equipo de futbol, o una esforzada ama de casa y madre de dos niños, o un estudiante universitario, una empleada del hogar a un notable cirujano o un colectivero.

Todos los trabajos son nobles, todos nos ponen en contacto con los demás, todos nos permiten ver y encontrar a Dios en el rostro de nuestros hermanos...

Todos nuestros esfuerzos, nuestro cansancio, nuestros éxitos y también – y sobre todo... – nuestros fracasos, resultan presentables delante del buen Dios.

Nos pasamos la vida trabajando y, al final, llevamos en nuestras manos y ponemos delante del Señor, todo aquello que hemos sido capaces de hacer, poniendo un poco de cariño en nuestra tarea: bien poca cosa, en realidad...

Pero eso – y no mucho más que eso...- es lo que podemos ofrecer con sencillez a Dios: nuestro trabajo, nuestra vida de familia, nuestros esfuerzos, nuestras alegrías, y nuestras lágrimas.

- **Agradecer el trabajo**

Siempre, pero acaso más que nunca, en estos tiempos tan cargados de dificultades, como los que estamos viviendo, tenemos que valorar y agradecer el trabajo que nos permite sostenernos y sostener, con frecuencia y con esfuerzo, a las personas que queremos.

El trabajo, lejos de ser una maldición, es **una verdadera bendición**, que nos permite ponernos en contacto con los demás, servirlos, y también, en una perspectiva cristiana, ponernos en contacto con Dios.

Hay, en la vida, muchas cosas que solo llegamos a valorar debidamente, recién cuando las perdemos.

El trabajo, cualquier trabajo, nos permite proyectarnos sobre la realidad, salir al encuentro de las necesidades de los demás, transformar, para bien, aunque más no sea una pequeña parte de nuestro entorno.

Todos los trabajos adquieren, por ello, una enorme dignidad, una gran importancia, y al mismo tiempo, son ocasión de un buen encuentro con Dios y con los demás.

No hay, en este sentido, trabajos importantes y otros de menor valía. No importa que uno sea ministro, o atienda un kiosco de golosinas, que sea el gerente de una gran empresa o se desempeñe como recolector de basura, que sea presidente de un banco, o administre una calesita.

Y no importa porque todos podemos ofrecer esos trabajos al buen Dios, y volcar en ellos el interés y el cariño por nuestros hermanos... Acaso le resulte más sencillo hacerlo al dueño de la calesita, que el presidente de un banco, no?

Es muy importante el modo en el que trabajamos, la mayor perfección humana en aquello que hacemos, la actitud de servicio, la amabilidad, la sonrisa, la paciencia, la buena voluntad con la que nos volcamos en la tarea diaria; pues todo se puede hacer de muchas maneras, y en ese modo, muchas veces, se marca y se advierte la diferencia.

El trabajo, además, es con frecuencia una suerte de “escuela” que nos vincula con otras personas que trabajan a nuestro lado, de las cuales podemos aprender, y a las cuales podemos enseñar.

En la oficina, en el taller, en la fábrica, en la universidad, en el hospital, en la empresa, nuestro trabajo se inserta en una tarea común; trabajamos unos con otros, y formamos habitualmente parte de una suerte de cadena, en la que se van ensamblando los esfuerzos.

Esto es de una gran riqueza, también, porque nos permite desplegar una serie de virtudes importantísimas, valorar el esfuerzo de los otros, alentarlos, sostenerlos, enseñarles, y aprender de ellos, que siempre se puede.

El trabajo es, entonces, una inacabable fuente de enriquecimiento, y no me refiero al rédito económico sino a la posibilidad de mezclar nuestras vidas con las personas que trabajan a nuestro lado, tendiendo puentes de amistad sincera con ellos.

Dicho de otra manera: el trabajo es fuente de amistad, de cercanía, con nuestros compañeros, con los clientes, con los que ocasionalmente pasan a nuestro lado.

Se puede hacer tanto bien, no?, si uno está atento a las necesidades de los demás...

Quiero hacer acá una referencia personal: durante muchos años he trabajado en el Estudio Jurídico con mi padre y mis hermanos, primero, y actualmente sigo haciéndolo, ya sin mi padre, que murió en el año 2016; pero sí con mis hermanos, mi hijo y mis cuatro sobrinos. Es el nuestro, un trabajo en equipo, y siento que a lo largo de este medio siglo de trabajo, he formado parte de un invaluable aprendizaje colectivo, no solo referido al Derecho, propiamente dicho, sino también a un estilo, a un modo de relacionarme, como abogado, con los demás, clientes, jueces, defensores, abogados de la parte contraria, funcionarios judiciales, etc.

V. Alí

Termino este capítulo evocando una figura que, acaso, alguno de los lectores, haya conocido: Se trata de Alí.

Hace bastantes años que dejé de verlo, ignoro incluso si está vivo, aunque si lo está, ha de tener muchos años...

Alí fue, durante muchos años, ascensorista del Palacio de Tribunales, solía conducir, u operar (no sé si un ascensor se “conduce...”), uno de los ascensores, del par que se encuentran enfrentados del lado de la calle Tucumán.

No es, el de ascensorista, un trabajo especialmente divertido: solo se trata de subir y de bajar una y otra vez, de 7,30 a 13,30 hs., de mover una palanca, e ir frenando la marcha en cada uno de los pisos requeridos por el público.

Pero Alí – en su uniforme azul, morocho, pelado, creo que con bigote y una voz abaritonada - le había encontrado la vuelta a la monotonía de su trabajo, y transformaba cada viaje en una ocasión de encuentro con los demás.

Los viejos abogados lo conocían, y lo saludaban con simpatía, él ya sabía que el severo penalista que acababa de subir, iba a bajar en el quinto piso, y cuando entraba una abogada bonita, o una empleada decididamente linda, encontraba una palabra muy respetuosa, para decirle a la homenajeadada (eran otros tiempos, y uno podía decirle educadamente a una mujer que estaba muy linda...)

Si uno preguntaba por un Juzgado, o una Fiscalía, o una de las tantas oficinas cobijadas dentro del ampulosamente llamado Palacio de Justicia, al llegar al piso Alí abandonaba por un instante la caja del ascensor, daba unos pasos, y con un par de ademanes indicaba el camino en medio del laberinto de los tribunales.

Casi todos abandonábamos el ascensor, al cabo de unos segundos de viaje compartido, con una sonrisa dibujada en los labios.

Nunca lo escuché hablar de Dios, pero tengo para mí que, en sus casi idénticas jornadas, a lo largo de muchos años, este hombre daba gloria a Dios con su tarea bien hecha, con gran cordialidad...

VI. La contracara del trabajo: El descanso

Dejo para el final este capítulo, que se relaciona con lo que podríamos entender como la contracara del trabajo: el descanso.

El trabajo es una de las dimensiones – importantes - de la vida humana, pero el hombre no es “una máquina de trabajar”, sino que inscribe su actividad laboral dentro de un marco más amplio – la vida familiar, social, deportiva, el arte, etc. – y compensa el esfuerzo y el cansancio que el trabajo supone, con el merecido descanso.

La idea del descanso tiene una larga tradición moral y religiosa, que se remonta, en términos bíblicos, al descanso de Dios mismo, luego de haber creado el mundo.

Son muchas las citas de la Biblia en este sentido, en el relato mismo de la Creación, y en referencias posteriores.

En el libro del Génesis, cap. 2, se dice: “Así fueron acabados los Cielos y la Tierra y todas sus huestes. Y en el séptimo día, completó Dios la obra que había hecho, y reposó en el día séptimo de toda la obra que había hecho. Y bendijo Dios el séptimo día, y no santificó, porque en él reposó de toda la obra que Él había creado y hecho...”

En el libro del Éxodo, 20,11, se dice: “porque en seis días hizo el señor los Cielos y la Tierra, el mar y todo lo que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, el Señor bendijo el día de reposo, y lo santificó...”

En el Éxodo, 31:15 y 31: 17, se vuelve sobre esa idea, y en el Libro del Deuteronomio, cap. 5:14, leemos: “...más el séptimo día es día de reposo para el Señor tu Dios; no harás en él, ningún trabajo, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu buey, ni tu asno, ni ninguno de tus animales, ni el forastero que está contigo, para que tu siervo y tu sierva también descansen como tú...”, en una llamativa directiva acerca del descanso, extendida a la familia, a los siervos, a los forasteros y hasta a los animales...”

Está demás referirse al sentido simbólico de este relato de la creación, por un lado, y también al sentido simbólico del “descanso de Dios” que los intérpretes consideran que consistió simplemente en un “dejar de trabajar”, luego de haber creado todas las cosas.

Pero lo cierto es que, lo que se quiere remarcar, y que pasa luego con mucha fuerza a la religión judía, y posteriormente a la cristiana, como una verdadera obligación moral y religiosa, es el valor del descanso.

De modo que podemos decir que, así como hay un valor cristiano del trabajo (al que nos hemos referido antes de ahora), hay también **un valor cristiano del**

descanso, que aparece volcado en muchos documentos de la Doctrina Social de la Iglesia, y que podría ser causa de todo un artículo para considerarlo en mayor detalle.

El tema tiene una posible consideración social, teórica, ética, pero puede tener también, un enfoque estrictamente personal, que nos lleve a plantearnos la siguiente pregunta; “¿Cómo descanso, yo?”

Es una buena pregunta, que podría acaso a conducirnos a una respuesta que nos ayude a mejorar la calidad de nuestro descanso, el provecho que nosotros – y los demás – podríamos sacar de nuestro tiempo de descanso, porque también el descanso tiene una dimensión familiar y social.

Fisiológicamente, físicamente, tenemos que descansar del esfuerzo de nuestras jornadas, que supone, con frecuencia, estar bastantes o muchas horas en la empresa, la fábrica, la universidad, la oficina, la calle, el hospital, la ruta, el estudio, con la cabeza y el cuerpo mismo, ocupados y volcados en el trabajo profesional.

Todos los trabajos requieren de nuestra atención, de nuestros músculos y nuestros esfuerzos, físicos o intelectuales, que nos producen cierto cansancio, a veces hasta el límite del agotamiento.

Y aparece, entonces, la idea -biológica y ética – de la necesidad del descanso.

Ha sido un logro de la cristiandad, y antes de la cristiandad, de la cultura y la religión hebreas, la admisión del descanso como algo necesario y debido al hombre.

Por eso, el descanso aparece como **una prescripción religiosa**, como algo que el hombre “le debe” a Dios mismo, para poder honrarlo y dedicarle un tiempo a Él.

En el Libro del Éxodo, es Yahvé Dios el que le dice a Moisés: “Seis días trabajarás, y harás todas tus obras. Pero el día séptimo es día de descanso para el Señor, tu Dios...”, en lo que establece el tercer mandamiento de la Ley de Dios: Santificar las fiestas.

Nace entonces, con este sentido religioso, este descanso que los judíos, desde hace muchos siglos, observan los días Sábado, y que en el mundo cristiano, se corrió al día Domingo, que es el día de la Resurrección del Señor.

Es notable la expresión utilizada en la escritura: “El séptimo día, es día de descanso, **PARA el SEÑOR**, tu Dios.”

El primer destinatario de nuestro descanso, es el mismo Dios, lo que nos tiene que llevar a pensar y organizar nuestros fines de semana, teniendo como “eje”, esta necesidad de encontrarnos con nuestro Dios.

VII. Volver a Dios, y a Misa...

Ahora que, a causa de la pandemia y de las medidas dispuestas por los gobiernos, para neutralizar los contagios, temporariamente se ha aflojado la obligación de asistir a la Santa Misa los días Domingo y las Fiestas de guardar, deberíamos los católicos renovar nuestra convicción a propósito de esta necesidad y de esta obligación de encontrarnos, semanalmente, con la Palabra de Dios, con la Eucaristía y con la comunidad de los cristianos.

La excepcionalidad de la pandemia puede haber dado lugar a medidas excepcionales, en las que la iglesia ha querido, dócilmente, colaborar con las autoridades civiles, en resguardo de la salud de la población.

Pero esas medidas excepcionales deben quedar de lado, en la medida en la que la pandemia parece estar siendo controlada, y hay una gradual vuelta a la normalidad en casi todos los países.

Debemos, los católicos, en términos generales, **volver a Dios**, una y otra vez (como hijos pródigos, que es lo que somos...), pero debemos también, **volver a Misa**, no solo por el mero cumplimiento de una obligación formal, sino por la necesidad y el gusto de encontrarnos con Jesús, nuestro amigo.

Insisto: **La necesidad** (necesitamos a Dios) **y el gusto**, pues debiera ser un gusto ese encuentro con el Señor, que nos llena de paz, de alegría, y de fuerzas en nuestra lucha por ser mejores.

Qué importante encontrar cierto “gusto” en las cosas del Señor, no? Que no se cumpla aquello que le pasaba a algún cristiano, que creía que “el Sacrificio de la Misa” se llamaba de esta manera, por lo mucho que le costaba a él cumplir con el precepto dominical...

El descanso, centrado en el Señor, por un lado, y centrado también en los demás, en nuestros hermanos, en los que debemos ver el rostro del Señor: Vida de familia, encuentros, comidas familiares, deportes, cultura, arte, contacto con la naturaleza, buenas lecturas, buena música, realidades valiosas, compartidas con los demás, en las cuales Dios está misteriosamente presente y oculto a la vez.

Que el descanso no sea solo la cesación del esfuerzo volcado en el trabajo, sino que suponga – en positivo – una buena manera de encontrarnos con Dios y con los demás.

Que no consista solamente en un “no hacer” meramente pasivo, en un pasar horas interminables delante de la televisión, sino que tenga **un sentido de afirmación positiva del amor que sentimos por Dios y por los demás**, con los que compartimos la vida, bajo la mirada de nuestro Padre.

Abiertos incluso a la atención de nuestros hermanos más necesitados, de los que están solos (y podemos acompañar), o enfermos (y podemos asistir).

De este modo, completaremos un verdadero círculo virtuoso..., y después de haber santificado nuestra vida de trabajo, santificaremos también, nuestro descanso y lo convertiremos en ocasión de encuentro con el Buen Dios, y con los demás.